

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LOS HORRORES DE LA GUERRA

LA SANGRE DE LA

PATRIA



MAUCCI H^{OS} MEXICO

***** BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO *****
ULTIMA SERIE.—EPOCA MODERNA

Los horrores de la guerra

ó

LA SANGRE DE LA PATRIA

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



LOS HORRORES DE LA GUERRA



Sigamos conociendo las antiguas luchas de nuestros bravos ejércitos cuando combatieron allá en un época tristísima contra los enemigos de la patria.

Quiero que mis amables lectorcitos sepan que el ejército mexicano, ese ejército mexicano compuesto de hombres atrevidos y valerosos; quiero que sepan mis lectorcitos amigos que tras de las últimas batallas enfurecidas y espantosas entre

los invasores y los patriotas mexicanos fueron acciones en las que la gloria esplendió sus magnas aureolas, inmortalizando á todos los seres, á todos los caudillos mexicanos que osaron luchar contra las hordas enemigas...

¡Esos combatientes fueron los que hicieron la victoria tras de miles de hecatombes!

¡Oh! si esos pobres soldados mexicanos que fueron lanzados rápidamente á las batallas se creyeran bien de la patria!...

¡Ellos, los buenos hijos de la nación mexicana, los amantes y bravos adalides de nuestras santas libertades, oh, sí, ellos llegaron á combatir cuerpo á cuerpo contra tantos enemigos y contra tantas tropas que se precipitaban con toda la furia inmensa de los infiernos que se lanzaron á batallar en una noche tremenda!...

Así; así se puede asegurar de lo que pasó en nuestro pobre país después de los combates tan terribles que principiaron á ensangrentar nuestra patria...

¡Qué combates tan horrendos y siniestros!

¡Qué batallas tan lúgubres y desiguales!

¡Qué escenas nocturnas de espantable horror y de nefanda infamia!

¡Y además, ay, además tenemos que ver, que

considerar que todos los que combatían en México contra los viles invasores, que revestían caracte-



res y figuras colosales y estupendas!... ¿Por qué?

.

¿Quiénes combatían?

¡Combatían águilas contra serpientes! gritó una vez un héroe magnífico envolviéndose en una bandera tricolor en la batalla de Padierna.

Los ecos de los cañones y de los fusiles formaron coro durante los últimos instantes en que vivieron los jefes que murieron combatiendo por la patria!...



— ¡Viva, viva México!...

— ¡Viva la nación mexicana!

— Viva la patria de Hidalgo, de Morelos, de los Bravo y de Guerrero, viva la patria mexicana libre, poderosa, fuerte, independiente y alta!...

A estos gritos contestaban rugidos en una lengua bárbara, blasfemias .. ¿Quién había pronunciado estas frases y palabras en español? ¿Por qué

durante aquel combate entre mexicanos y norteamericanos invasores, solo se pudo escuchar aquel crugir de odios, aquel choque de siniestras cóleras que parecían arrojar chispas... ¡rojas y fulgurantes chispas que seguían pareciendo más y más, y á cada momento algo, algo así como luminosas heridas de sangre!...

.

*
*

¡Era que en el campo de batalla los eternos enemigos arrojaban sus fuegos de odio contra sus propios adversarios!... ¡Era que la sangre de Moctecuhzoma hervía en los corazones mexicanos haciéndoles palpitar con todo el viejo patriotismo de sus antiguas glorias!...

¡En fin era que México, el honrado y verdadero México protestaba con toda su alma y con toda su sangre contra la vil invasión salvaje de los hombres del Norte!...

Las ambiciones de todos aquellos poderosos que se habían enriquecido más allá de nuestro hermoso río Bravo del Norte, estallaron para arrancarnos lo mejor y más hermoso y más grande de nuestra República... ¡Oh!... ¡oh! inaudita audacia. Los habitantes de Texas y Nuevo México se habían hecho traidores. Mas luego, allá cuando sus ejércitos fueron avanzando, avanzando, siniet:os fuertes y seguros, comprendiendo que su triunfo era matematicamente fatal... cuando por fin se vieron las glorias tristisimas de los primeros combates... ¡ay! entonces pudimos comprender que México iba á estar perdida. ¡El número, la fuerza brutal vence todo!... ¡Los ejércitos norteamericanos tuvieron que ser vencedores! Perdida para siempre iba ser la mitad del territorio mexicano!... Para ello se derramaría mucha sangre... ¡Sí!... ¡oh! ¡sí!... Porque... ¿De qué servirían los pueblos, los ejércitos formados á última hora, las muchedumbres indignadas, los motines populares, todos los caos y todas las turbas?

¿Qué iba á hacer la pobre patria, desgarrada por sus mismos hijos?... Vamos ¿qué se puede hacer con los que ya cadáveres cayeron ante el enemigo?...

¿Combatir?... ¿Combatir?... ¡oh!... ¿Combatir? ¿Cómo conseguirlo sin ejército, sin plan, sin hom-

bres de genio, entonces? Eso preguntais, no es verdad buenos amigos... Vosotros decís...



— ¡«Cuando la patria está en peligro es preciso, es obligación de toda ciudadano patriota pro-

tegerla... Ir á batirse y dar por la nación que es nuestra única, nuestra verdadera madre, toda la existencia y todo el esplendor de nuestras almas! ¡Por eso combatieron con tanto heroísmo, por darnos patria nuestros antepasados, nuestros padres y abuelos, cuando lucharon en tremenda lid contra aquellas numerosas fuerzas invasoras norteamericanas á las que se detuvieron haciéndolas aún en las mismas derrotas nuestras, que morderan el polvo mexicano hollado por sus plantas!... ¡Esas fueron las últimas tropas!... ¡Después no quedaron sino los infames!



¡Pobres y valientes tropas nacionales!
¡Magníficas legiones mexicanas!... Salud épicos batallones que tantas y tantas veces visteis el fuego rojo del invasor circuyendo de olímpicos arcosiris nuestras banderas... vuestras magnas y tricolores, sublimes banderas!...

¡Fuisteis gloriosos y magnos en épicas grandes y portentosas batallas! ¡Hijos del pueblo... que los malos mexicanos, malditos siempre, llevaron á la muerte, ¡salud!... Tropas mexicanas que fuisteis poco numerosas, mal armadas, mal equipadas y casi desnudas, hambrientas y con sed, vacilantes y trémulas, trémulas de fatiga, tropas infelices y extenuadas... ¡oh! si... tropas ya casi inertes, impulsadas en todas ocasiones y en todas partes por un espíritu alto y nobilísimo que se llama el deber... tropas mexicanas, bravías y tremendas, sed saludadas con todo el entusiasmo de la adolescencia de los niños y jóvenes que leen vuestras victorias, recordando los antiguos triunfos espléndidos... ¡Un recuerdo de admiración y piedad para todos aquellos grupos que hace muchos años murieron tranquilos y augustos, delante de los enemigos de la nación... por aquellos grupos heroicos y solemnes que dejaron impresos sus cuerpos en sangre como un anatema contra las eternas intamias de la guerra!

.

No... ¡oh! no!... ¡Ningún niño mexicano debe olvidar que allá en el siniestro año de 1847 México sufrió los más tristísimos horrores y las más recias calamidades que haya podido resistir nación alguna...

Entonces fué cuando un huracán de desdichas, un diluvio de desastres y una infinita tempestad de hecatombes se desencadenaron sobre lo que constituía la nación mexicana, aumentando con las negruras espantables de la guerra extranjera las perfidias y lóbregas miserias de las guerras civiles!...

¡Horrorosa situación!

¿Qué iba á ser de nuestro querido México?

¡Sólo Dios, tan sólo la Alta Providencia del Señor que todo lo conduce hacia el bien y la ciencia; sólo el destino en su infinita sabiduría llevaba la solución del enigma, del formidable enigma que era nada menos que el porvenir de México!

Mientras tanto en aquel año lóbrego, que para nosotros los mexicanos viene á ser el tremebundo, el siniestro «Año Terrible», las hecatombes y las desgracias seguían continuándose, continuándose, como si fuera un chorro de sangre que brotase de una herida, herida hecha á la patria... de

una honda herida, de la cual eternamente manará sangre... manará sangre eternamente... ¡Sin que nadie fuese á restañar aquella sangre!...

¡Todo fué desastre, ignominia, afrenta para el ejército... ¡injustamente! que mandaba aquel hombre que se llamó, como ya sabéis, don Antonio López de Santa-Ana!... ¡El sacrificó el ejército á sus ambiciones y á su orgullo!... ¡Maldito sea ese hombre!...

Apenas hubo un instante en que, como para probarlo... la victoria le estuvo indecisa... ¡Fué en la famosa batalla de la Angostura!... ¡Encuentro horrible!... Allí el noble, el denodado ejército mexicano que iba del interior de la Republica á combatir contra las tropas norteamericanas que estaban en Monterrey, y toda aquella línea del Norte fué á chocar, durante dos días de combate, contra ese mismo ejército extranjero... ¡Y fué tan sangrienta, tan abominable esa batalla que nuestra historia conoce con el nombre de «Batalla de la Angostura», que ningún veterano de las guerras mexicanas ignora los detalles de ese combate, de ese duelo, de ese desafío de dos ejércitos enemigos!...

¡Y también ya lo debéis saber amiguitos, ya lo debéis conocer bien... nunca se supo, ni se sabía

de que parte estuvo la victoria!... ¡Tan honda y lúgubre fué la lucha!... ¡Cuántas cargas de co-



lumnas de infantería; cuántos regimientos en masa cargando á la bayoneta bajo la tempestad de

las artillerías enemigas; cuántos asaltos de escuadrones, haciendo retemblar el campo ennegrecido por las humaredas de la pólvora! ¡Y qué griterío tan espantoso, cuánto rodar de carros y cuánto retemblar y retemblar de las ruedas, chapoteando en el fango de la negra sangre...

¡Que espantosa y lúgubre fué esa batalla en que aún no se ha podido saber quien fué el vencedor material!...

Oh! batalla de la Angostura, en ella se vió lucir el heroísmo nuestro con brillo de sol!...

¡No importa en esta batalla como en otras, aun que fuese una derrota para nosotros los mexicanos ante los hombres, ante Dios y la Historia tendrá que ser uno de los más sublimes y gloriosos triunfos de las causas de la justicia y de la virtud donde se elevan hasta la altura de genio y semidioses los héroes que habían sido simples hombres!...

¡No, amiguitos, no debéis olvidar nunca estas victorias en que el nombre de México se levanta culminante épico y resplandeciente admirado por

todas las naciones que creen en el Sol de los pueblos:

¡La libertad!

FIN